

Meliano Peraile nace en Villanueva de La Jara (Cuenca) en 1922. Ha obtenido como narrador, entre otros premios, el Ignacio Aldecoa y la Hucha de oro. Su obra en este campo es **La función** (1957), **Tiempo probable** (1965), **Cuentos clandestinos** (1970), **Insula Ibérica** (1972), **Matrícula libre** (1976), **Episodios nazionales** (1978), **Molino de tiempo** (1981) y **Episodios nazionales II** (1983).



# A SUS PIES

Historia que dedico a Manuel Alcántara

No tengo reloj, pero tampoco lo necesito para saber que ya pasa un cuarto de la hora a que Loli prometió llamarme por teléfono. Y Loli, sin llamar. Si la marea de la cerveza en el mostrador, subiendo, marca en este instante las dos menos pocos minutos, me sobran las agujas de ese reloj que tengo en manos, en pinzas, de un minucioso y esmerado relojero de portal, autor de tres o cuatro composturas a mi crono: un cuatroras de acero y decomiso, trabajador y puntual, de la clase baja pero fiel de los relojes, no como el de don Cristóbal, que, por cierto, estará al caer, bien fardado y reluciente de los pies a la saboneta, ese reloj que lo saca y forma corro: muelle de resorte, una tapa, oro, otra tapa, oro, mismamente un sagrario guardián de la esfera estrellada de rubíes. Y Loli, sin llamar. No creo que haya error: «A la una y media marcas el teléfono de «Solera», el colmao de los mosaicos. ¿Tienes el número?» A la una y media, y son, sin duda, las dos en punto: acaba de aparecer, en el hueco de la puerta, don Cristóbal, de malva y oro: terno de alpaca violeta, corbata de seda grana y los dedos y el chaleco dorados de anillos y leontina de muchos quilates. Ya tiene don Cristóbal, en el mostrador, la copa de fino a la vera de un platillo de aceitunas. Ya viene el cerillero con el habano de las dos y cinco para don Cristóbal, que ha cogido la copa con ritmo y rito, por la peana, según mandan los cánones, y la lleva, como en andas, a la sombra de su nariz, en donde, tal que imagen en procesión, la copa se detiene, a fin de que la prócer nariz de don Cristóbal posea y goce la flor de la fragancia. Don Cristóbal, a la espera de su vez en el «confesionario» del limpiabotas, gallea con la cabeza alta, por encima de todos los hombros, habla consigo mismo, labiando a lo mudo, va hacia su Chrysler, aparca-

do en la puerta y da una orden bisbizada al oído del chófer que espera sentado a pie de volante. El sol levanta brillos en la joyería portátil de don Cristóbal: anillos casados con piedras ricas, leontina de la saboneta, oro y perla del alfiler de la corbata espejean. Y Loli sin llamar. Los parroquianos entran:

–Buenos días, don Cristóbal.

–Don Cristóbal, santos y buenos.

A mí, nada. Y soy tan asiduo en «Solera» como don Cristóbal, pero «don Cristo es un señor», un señor que se acerca y no se junta, condesciende y no descende, y, a lo más, comenta con la parroquia menestral y hortera el resultado de los partidos, la sorpresa de la QH.

–Don Cristóbal, mucho gusto en saludar a un amigo.

Y don Cristóbal, perpetuamente ensombrado, a la sombra de su jipijapa de la generación del 98, en verano, mueve apenas la cabeza, entre pontifical y un punto indulgente, manteniendo la distancia desde cierto invisible escalón más alto. Olea la cerveza y rompe en flor de espuma contra la roja y partida playa de los labios. El limpiabotas suspende su ilustradora faena para arrojar al arroyo a un lisiado que aspiraba, intruso, a vender unos décimos de lotería, monopolio del limpiabotas dentro del territorio coloquial de «Solera». La parroquia comienza a ser apreturas y guirigay mientras la cerveza se despluma en la jaula de oro de los vasos. Y Loli que si quiere. Don Cristóbal paga el vino, veinte duros de propina, paga el habano, veinte duros de propina, paladea, labios y sorbito, el jerez, y aguarda su turno en la cola del lustre porque cuando llegó ya había otro cliente con el pie en el estribo de la caja del limpia, que, si no, don Cristóbal el primero. Los parroquianos despojan al marisco de su armadura,

con más amor y más apremio que si desnudaran a una doncella. Deslumbrando con sus zapatos a la parroquia, acaba de salir del «confesionario» un convencido de que el zapato hace al hombre, y a su relevo va don Cristóbal, «todo un caballero», promotor de compañías de revista y de «varietés», por lo que se cuenta, y de veladas de boxeo, empresario constructor litoral, según se dice, especialista en opulenta minoría y Costa Brava. La parroquia abre paso a don Cristóbal, rumboso, inmensamente rico, por lo que suena, y protector, al parecer, de un colegio de huerfanitas y monjas.

–¡Señor Domínguez! ¡Señor Domínguez! ¡Al teléfono!

–Vaya, por fin, Loli, amor. Me he embaulado tres cañas y dos tintos esperando conectar con tu sonido de alta infidelidad. ¡Que tienes la pasta y la llave del chalé! Pues nos vamos a jamar un uikén divino. Ol rait, a las seis en Pepe's.

Y al salir de la cabina, un respeto: ahí en el «confesionario», don Cristóbal, con un pie en el suelo y otro sobre el escabel; Paco el limpia, de rodillas, armado de cepillo y betún; y, entre el caballero y el escudero, un susurro de confesión que, un respeto, no me consiente salir de la cabina:

–No me falles, Paco: cien billetes al veinte por ciento, un mes. No me dejes en la estacada.

–Pero hágase usted cargo, don Cristóbal, la economía de uno no es un chicle, y aún no me ha reembolsado usted los dos millones que tuve el gusto de confiarle en el mes de abril.

–Acumulas intereses, Paco. Esta noche, a las diez, te mando el chófer a tu casa; le tienes listo el salón. ■

Meliano PERAILE